

Construyendo desde la agroecología

Félix Revilla Grande, SJ

Director de INEA. Valladolid, España

E-mail: felix@inea.uva.es

En el año 2005, buscando una mayor diversificación en las actividades de INEA (Escuela Universitaria de Ingeniería Agraria), casi por casualidad, si es que la casualidad existe, propusimos al Ayuntamiento de Valladolid la puesta en marcha de un Proyecto de huertos ecológicos para personas mayores que se construiría en tres fases hasta llegar a los 430 huertos. Así empezaron a llegar las primeras personas que ocupaban los huertos. Tenían la obligación de hacer agricultura ecológica, más que nada para no contaminar los productos de sus vecinos y trabajar por tener una buena convivencia entre todos. El proyecto prende como el fuego en un pajar desde el principio y a los tres años está en pleno funcionamiento con listas de espera. Y así sigue. Las personas mayores de diversos orígenes y conocimientos se entregan a la horticultura ecológica y aprenden, se interesan y crean una convivencia enorme-

mente rica y llena de potencialidades. Nosotros, prácticamente, nos dejamos llevar por una corriente más fuerte de lo que podíamos imaginar al principio.

En el año 2015 el papa Francisco publica la encíclica *Laudato Si' (LS)*, con la que nos identificamos plenamente y en la que vemos reflejadas muchas cosas de las que hacemos, aunque las hagamos con muchas contradicciones e imperfecciones, como es natural. Esta coincidencia nos sirve para animarnos en nuestra tarea y plantearnos nuevos impulsos y retos ya que es la misma encíclica quien nos abre muchos horizontes.

Los huertos son un lugar de conversión para INEA; en torno a ellos nos surgen preguntas que cuestionan nuestro modo convencional de hacer y van abriendo nuevas puertas. Cuando nosotros practicamos una agricultura intensiva y contaminante delante

de los huertos ecológicos nos preguntamos si debemos seguir llevando la finca de la Escuela de esa manera y decidimos dar el cambio hacia agricultura ecológica. Desde ahí nos empezamos a cuestionar qué enseñanza estamos proporcionando a nuestros alumnos y vamos optando por una enseñanza más crítica y en todas las asignaturas de manera transversal va entrando otro modo de ver las cosas desde la agroecología y desde la sostenibilidad. Y así se va impregnando todo lo que hacemos en la Escuela: qué trabajos final de carrera hacen nuestros alumnos, a qué empresas van de prácticas, con quién para qué y en qué condiciones hacemos convenios de colaboración, qué investigamos y qué publicamos, con quién nos relacionamos como Escuela. Ya no queremos otra cosa que no tenga que ver con la agroecología y la sostenibilidad. Esto lo va ocupando todo. Entramos casi por casualidad y nos quedamos por convencimiento.

Los huertos no fueron sólo un lugar donde hacer horticultura sin echar “venenos”. Cuando un grupo de casi 800 personas se ponen a cuidar plantas con esmero tratando de hacer las cosas desde un respeto inmenso a la naturaleza y sus procesos, cuidando el detalle, respetando los ciclos, tratando de

aprender y conocer el por qué de las cosas que ve, ineludiblemente se opera en esas personas un cambio, una conversión personal. Es la experiencia la que lleva al cambio. Ese cambio se nota en las relaciones personales entre ellos, pero también lo hace en la valoración de aquellas cosas que producimos con nuestras manos (producir los propios alimentos es una de las cosas más revolucionarias que pueden hacerse ha escrito alguien), en el valor de regalar y hacer llegar a otros algo que tú has producido (sin duda da más alegría en el que da y en el que recibe regalar unos tomates que un cargador digital para el móvil); hay un cambio personal en las relaciones que se establecen con otros hortelanos que comparten espacio, tiempo y conversación.

Por eso, podemos decir que practicar la agricultura ecológica va más allá de usar una nueva técnica en la producción agrícola, es mucho más que eso (la agricultura ecológica no es cuestión de vida o muerte, es mucho más que eso). Cuando uno entra en una dinámica de ecología, de respeto a la Naturaleza... eso te va pidiendo el cambio de todo lo demás que acaba incluyendo tu percepción de la vida, tu manera de pensar, de vivir y de valorar, tu propia espiritualidad. Por tanto no es sólo

un cambio de técnica, es un sistema de vida.

Y ese cambio global se ha ido dando en INEA casi de manera imperceptible y que nos ha ido afectando a todos. Dice el Papa en la encíclica varias veces que todo está unido. Esta afirmación la vienen haciendo los místicos desde hace miles de años. Físicamente “todo es centro”; por eso en la naturaleza vamos conociendo toda clase de vínculos que nos sorprenden: la formación de las lluvias amazónicas dependen en parte de la cantidad de dimetil-sulfonio que producen las algas microscópicas del Pacífico. O que para que el agua de la lluvia llegue desde el Atlántico a los Andes ha de caer a tierra y ser transpirada por la selva hasta siete veces. Esto sólo es posible si hay árboles que sean capaces de hacerlo. Todos somos parte de un único cosmos y, de alguna manera, lo contenemos y nos contiene. Cada vez que tocamos algo no sabemos predecir los efectos que tendrá, cosechamos efectos colaterales indeseados. Deberíamos aprender a mirar el mundo no como algo simple sino como algo complejo, con respeto y admiración.

Después de estos años de lo que podríamos llamar “reconversión ecológica” ya nada es lo mismo para nadie de los que formamos

esa comunidad llamada INEA, pero que, sin duda, abarca mucho más que la propia institución. Unas cosas van llamando a otras y la tendencia es a ir “infectando” todo lo que toca. En INEA se ha creado una manera de entender nuestra relación con la naturaleza y con la agricultura que acaba afectando a nuestros intereses institucionales y a las relaciones personales. Desde una relación más armónica con la naturaleza y la agricultura surge la necesidad de crear un entorno de relaciones basado en la cordialidad pero también en la justicia social (otra unión que se refleja con nitidez la encíclica: medio ambiente y justicia social; ecología social); esto ha ido transformando nuestras relaciones laborales dentro de la institución (más diálogo, más encuentro, más identificación del grupo con el Proyecto) y ha ido dando más y más cabida a trabajos con colectivos marginales: discapacitados, emigrantes, personas con condenas penales, desempleados (hoy gestionamos también un proyecto de 200 huertos en barrios de nuestra ciudad para personas desempleadas). Esta integración va mostrando que es posible no sólo otro modo de producir, sino otro modo de vivir y relacionarse, otra manera de comprometerse con la realidad a nivel institucional. De la

misma manera sucede en lo que concierne a los proyectos sociales de cooperación, la colaboración con otras ONG's. Así, el cultivo agroecológico se convierte en motor de cambio social, de trabajo por la justicia, de preocupación solidaria por los otros.

La onda expansiva de este "núcleo primario" va poco a poco ampliándose e implicando a otros colectivos. En la actualidad, todas las obras apostólicas de la Compañía de Jesús en Valladolid se identifican con nuestro Proyecto y buscan y encuentran el modo de participar en él a través de compromisos y actividades (también desde otras ciudades). Hemos apoyado la creación de una cooperativa bajo el nombre "Come sano Come justo, Sociedad Cooperativa" quien apoya, mediante el trabajo de comercialización, la producción ecológica y el comercio justo ecológico. Uno de los proyectos versa en la importación y venta de café de Batsil Maya, perteneciente a una comunidad indígena en la zona de Bachajón (México), donde trabaja desde hace mucho una comunidad de jesuitas (www.capeltic.com).

En el entorno de la producción ecológica de Castilla y León y de España tratamos de apoyar al pequeño productor, pionero solitario de un nuevo modo de hacer

las cosas que vaticina un nuevo modelo social. Nuestro apoyo se concretiza, en la creación de grupos de trabajo y la realización de la Feria Bioyantar (www.bioyantar.com), que acoge a más de 70 expositores ecológicos.

Puertas que se abren

Un proyecto como éste, en realidad, no es una alternativa para todo el mundo; ni siquiera se pretende. No toda la agricultura puede ser ecológica, ni sólo tenemos que aprender esto. Este proyecto nos coloca en un extremo de la realidad, y desde ahí tensa la cuerda tratando de arrastrar a otras realidades a posiciones más cercanas, intermedias. Ésta es una de la virtualidades de un proyecto de este tipo: cuestionar a otros, plantear posibilidades, abrir nuevos caminos. No pretende ser dogmático y universal; sólo quiere abrir una puerta. Son experiencias como hay otras tantas en este mundo y que cita el Papa en su encíclica, valiosas por pequeñas que sean.

Cuando personas de fuera visitan INEA y ven a los mayores en sus huertos o visitan a las gallinas o los invernaderos, saludan a las personas y se relajan en un ambiente natural te dicen cosas

como “Me gusta mucho” “a esto me gustaría dedicarme”, “qué gozada”. No quiere decir de verdad que les gustaría dedicarse a eso en serio, pero sí nos dicen que han sentido algo en la vista que les gusta, les llena, les da sentido. A eso lo podemos llamar “efecto llamada” del proyecto de INEA. Tal efecto deviene una puerta que invita a entrar, porque aquí hay un contexto que apela al cambio personal o conversión que invita tan encarecidamente la encíclica ante estas cuestiones vitales.

Es muy interesante también la difusión que tienen las cosas que hacemos y como esto hace que la gente hable de ecología, de alimentos, de problemas medioambientales. Y esa difusión del proyecto a partir de conocimientos y de conversaciones tiene un efecto transformador evidente. Los socios de *Come sano* sabemos más de cosas ecológicas que hace cinco años. Además, nos esforzamos por el consumo ecológico y responsable y se lo hemos contado a mucha gente. Los jesuitas de Valladolid, todos, saben más cosas de ecología que hace unos años. La gente de Valladolid ha oído hablar de los huertos a cientos de personas que lo cuentan por propia experiencia. No sé si a esto lo podríamos llamar efecto campana, en el sentido de que aunque

la gente no venga a la Iglesia, al menos oye las campanas y algo es algo.

Hemos empezado por actuar en cosas concretas, y desde ahí siguiendo esa lógica de que todo está unido hemos ido complicándonos la vida, metiéndonos en otros asuntos. Los hechos provocan reflexión sobre lo que hacemos y experimentamos; tratamos de contarlo. Vamos abriéndonos a la admiración y vamos dejando que esto que vivimos nos trabaje por dentro. Unos lo harán desde una óptica humana; otros caemos en la cuenta del Dios que todo lo habita, que nos habita. Se abre una puerta a ir construyendo una experiencia espiritual que hunde sus raíces en la creación, en la admiración, en el respeto, en la reconciliación. Por esta puerta casi seguro nos toca entrar ahora y aportar a esa construcción personal y comunitaria nuestra reflexión y nuestra experiencia.

Tenemos muchos desafíos por delante como los descritos en el capítulo V de la encíclica *LS*: “algunas líneas de orientación y acción”. Así desean también ser nuestras últimas palabras mediante, precisamente, verbos. Porque de esto se trata, de ejercitarse en los retos que se nos van abriendo: crear un equipo de personas que crean conocimiento y pensa-

miento sobre estas cuestiones que ha dejado el Papa abiertas en su encíclica; promover la difusión del conocimiento; ahondar en los caminos de la espiritualidad que pueda ofrecer a las personas vías de encuentro con Dios. Por eso, la puerta que queremos abrir nosotros, es la que da entrada a las personas dispuestas a emplear

parte de su tiempo y de su vida a trabajar por este horizonte que abre el documento del papa Francisco. Ojalá seamos capaces de seguir trabajando en lo concreto y a la vez promover la creación de equipos capaces de tener una palabra pública como corresponde a un centro universitario de la Compañía de Jesús. ■